

CIENCIA Y CREDULIDAD*

SCIENCE AND CREDULITY

Fernando Muñoz Box
Universidad de Valladolid

Resumen: *Tras presentar someramente el debate entre ciencia y religión, discutiré si son compatibles Dios y la ciencia. A continuación, me centro en la credulidad, y en la consideración de si los agnósticos se alejan totalmente de las creencias o de la credulidad. El artículo se cierra con unas reflexiones sobre ciencia y verdad.*

Palabras clave: *ciencia y religión, diálogo, agnosticismo, credulidad, creencia.*

Abstract: *After briefly presenting the debate between science and religion, I will discuss whether God and science are compatible. Next, I focus on credulity, and on the consideration of whether agnostics are totally away from belief or credulity. The article closes with reflections on science and truth.*

Keywords: *science and religion, dialogue, agnosticism, credulity, belief.*

He escogido el título de Ciencia y Credulidad, porque he pensado que aunque la credulidad tiene hoy una connotación algo negativa, también es cierto que antiguamente llevaba consigo la de firme asentimiento y conformidad, en lo cual coincide con la fe humana incluso religiosa, pero se despega de la consideración de virtud teologal, que no me correspondería tratar.

Pretendo aclarar que no sólo son crédulos los que practican alguna religión o pseudoreligión, sino que también son crédulos los que piensan y

* Este artículo es una reelaboración de la conferencia que tuvo lugar en el mes de mayo de 2016 en Oviedo, dentro del ciclo "Luz y Palabra", organizado en conmemoración de los 800 años de la fundación de la Orden dominicana.

creen que el conocimiento científico excluye todo asentimiento a lo que no es claro y evidente.

En primer lugar daré unas pinceladas sobre el debate entre ciencia y religión. Conviene aclarar que me estoy refiriendo a la ciencia en sentido clásico, como veremos. En un segundo apartado hablaré de si son compatibles Dios y la ciencia; a ello me mueve el que este tema ha aparecido recientemente en la prensa, y quiero aclarar algunos puntos sobre ello. A continuación, tercera parte, me detendré en la credulidad, y en la consideración de si los agnósticos, científicos o no, se alejan totalmente de las creencias o de la credulidad. Siendo un poco irónico me preguntaría si los científicos puros están vacunados contra toda creencia. Terminaré, en una cuarta parte, con unas reflexiones sobre ciencia y verdad. Y soy consciente de que me dejaré muchas cosas en el tintero...

1. CIENCIA Y RELIGIÓN

Empezaré hablando de un tema que a veces resulta manido, pero que siempre despierta interés, y es el de entendimiento, cuando lo hay, entre la ciencia y la religión, o de su confrontación que también se da en algunos casos.

Fernández Buey, ayudante que fue de Manuel Sacristán, ya decía en 2001: “doy por supuesto que en el marco de nuestra cultura ha habido, efectivamente, un largo conflicto entre ciencia y religión, y que tal conflicto sigue dándose”, pero añadió: “el conflicto no es inevitable sino que puede transformarse en un diálogo fructífero”¹. Es preciso aclarar, como se hace en filosofía, el sentido de los términos que utilizamos. Empezaremos por el de “ciencia”. Vemos en el *Diccionario de la Lengua* en su edición de 2001 una definición más detallada y mejor que la de ediciones anteriores, que era mucho más simple: “Conocimiento cierto de las cosas”. Pero ahora dice: “Conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales”. También se podría discutir esta última definición, pues los principios no pueden deducirse de los conocimientos. Si yo tuviera que definir la ciencia me sentiría algo acobardado por el hecho de que hablamos con más desparpajo de lo que no entendemos que de lo que entendemos. Aun así, supongo que puede valer también esta definición mía: “Conjunto de teorías, modelos y leyes explicativo del comportamiento de la naturaleza, aceptado por la comunidad científica internacional, siempre que ese comportamiento sea observable, o reproducible en ciertos casos, por todos los que componen esa comunidad”. En cuanto a la religión, me conformaré con estas dos acepciones en el D.R.A.E.: “Conjunto

¹ FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY, “Sobre Ciencia y Religión”, en *Iglesia Viva* 261 (2015), p. 135.

de creencias acerca de la divinidad” y también, “Conjunto de sentimientos, normas morales y prácticas derivadas de esas creencias”.

No creo que el problema que más nos interese sea el enfrentamiento entre religión, en cualquiera de las dos acepciones, y ciencia, sino más bien dilucidar si un hombre religioso puede ser científico y viceversa. Incluso preguntarnos si un hombre, para ser religioso, ha de renunciar a algo humano, la racionalidad y la duda, o por el contrario, si el hombre no es completo cuando prescinde de la dimensión religiosa. He de aclarar que cuando hablo de hombre religioso no me estoy refiriendo al que representa la jerarquía de las iglesias o pertenece de alguna manera a alguna orden o congregación, sino al hombre de buena voluntad que vive y practica una religión. También nos podemos preguntar si un hombre, al ser científico, se deshumaniza: Muchos lo pintan como un señor de bata blanca, incapaz de entender la poesía o la literatura, pero capaz de inventar la bomba atómica, o hacer cualquier inconveniencia genética.

Voy a plantear dos cuestiones. La primera es la siguiente: ¿puede haber diálogo –no conversación, sino entendimiento– entre ciencia y religión, entre científicos y creyentes? Para tratar de dar respuesta a esto se podría abordar, aunque no sé si es lo más oportuno, la célebre oposición entre razón y fe. Se trataría de esclarecer, hasta donde se pueda, si las creencias religiosas son o pueden ser irracionales. Sabemos que la respuesta clásica es que en la religión no debe haber elementos de irracionalidad, y que no debe confundirse lo místico con lo absurdo. Nadie admite ya lo de “credo quia absurdum”. Sin embargo, se constata que, algunos autores, como por ejemplo, E. Carrère en su obra *El Reino*², subrayan la dificultad para admitir ciertas creencias, y lo extraño de que personas normales, inteligentes, puedan creer en algo como la religión cristiana. En los tiempos antiguos, se puede entender: la gente era crédula, la ciencia no existía. Pero resulta extraño también que los periodistas estén interesados en este tema. No sabemos si se debe a que ese asunto “vende”, en el sentido de que hay más gente preocupada por ello de lo que podría parecer. Precisamente el 19 de marzo de 2016, en la portada del suplemento *Babelia* de *El País* aparecía este titular: “Por qué chocan ciencia y fe”, con el subtítulo: “Una oleada de pensadores ateos retrata a las religiones como enemigas del conocimiento. Los creyentes contraatacan desautorizando el ‘imperialismo científico’”.³ Sin duda habría que aclararle al periodista, que se metió a teólogo con cierta precipitación, que no se puede hablar de ciencia contra

² Cfr. Emmanuel CARRÈRE, *El Reino*, Barcelona, Anagrama, 2015.

³ Se citan en el periódico cinco libros sobre el tema. Uno que se pone como defensa de las creencias y otros cuatro que parecen ser defensores de un ateísmo militante. Alister McGRATH, *La ciencia desde la fe*, Madrid, Espasa 2016; Michel ONFRAY, *Cosmos. Una ontología materialista*, Barcelona, Paidós 2016; Richard DAWKINS, *Una luz fugaz en la oscuridad*, Barcelona, Tusquets 2016; Susana PINAR GARCÍA, *De Dios y Ciencia, La evolución de Francisco J. Ayala*, Madrid, Alianza 2016; Manuel TOHARIA, *Historia mínima del Cosmos*, Madrid, Turner 2016.

religión. La ciencia y la fe, como entidades abstractas, no pueden chocar. Esas formas de colisión sólo se producen entre las personas; lo sorprendente para mí, lo extraño, o lo chocante, si se quiere, es que se den argumentos científicos para la fe, y argumentos religiosos para la ciencia. Pienso que se debería hablar, más que de choque, de la diferencia tradicional entre la persona científica (¿intelectual?), que algunos dan por supuesto que es materialista⁴, atea o agnóstica, y la persona religiosa, que suponen otros que tiene que abominar de la materia, no debe dudar de nada y en rigor no puede ser demasiado científica⁵, y que incluso, según el texto comentado, tiene que desautorizar el “imperialismo “científico” (me pregunto qué quiere decirse con esto).

La segunda cuestión que quería plantear es: en los últimos tiempos, ¿ha habido entendimiento serio entre ciencia y religión? El mismo Fernández Buey dice: “Todos los conflictos históricos entre ciencia y religión se han debido a la desmesura de las religiones institucionalizadas”. Sin embargo, encuentra un elemento positivo:

“en todas las religiones (...) hay un saber, que podemos llamar sapiencial, acerca de los hábitos y comportamiento de los seres humanos en comunidad. Este saber sapiencial merece ser conservado, conocido y enseñado, con total independencia de que las personas que lo conservan o a las que se enseña crean o no crean en los dogmas o doctrinas básicas de esas religiones. En este ámbito, las religiones no tienen por qué entrar necesariamente en conflicto con la ciencia”⁶.

Nosotros también pensamos que sí ha existido un diálogo, o controversia más o menos amistosa, entre ciencia y religión, no sólo porque algunos científicos así lo expresan, con mejor o peor fortuna, sino también porque en ambientes eclesiásticos se ha vuelto a retomar esta polémica, que había quedado un poco pasada de moda. Se pueden citar recientes aportaciones⁷. También, como ejemplo, puede aludirse a una reseña que apareció en *The New York Times* el 9 de enero de 1994, y que resalta en este ambiente de interés periodístico por estas cuestiones. Allí se decía:

“En una etapa más del interminable debate sobre si es posible o no reconciliar la ciencia con la religión, un físico inglés ha propuesto aplicar técnicas

⁴ La acusación de materialismo, utilizada a menudo también por nuestros obispos, siempre me ha resultado curiosa. El científico debe ocuparse de la materia, que es el objeto de la ciencia.

⁵ En el mes de febrero las noticias radiofónicas nos dijeron que Umberto Eco había dejado su catolicismo militante para pasar a ser laico, confundiendo la laicidad con la falta de creencias. ¿Hay demasiados periodistas metidos a teólogos?

⁶ Francisco FERNÁNDEZ BUEY, *op. cit.*, pp. 137-138.

⁷ Sixto J. CASTRO, *Lógica de la creencia. Una filosofía (tomista) de la religión*, Salamanca, San Esteban, 2012; Richard SWINBURNE, *Fe y Razón*, Salamanca, San Esteban, 2012.

avanzadas de laboratorio para medir el alma y someter a pruebas cuantitativas algunas ideas teológicas. La propuesta ha partido de David E. Jones, más conocido por su seudónimo Daedalus (Dédalo). Como tal, desde 1964, ha divertido a sus lectores en su columna semanal de la revista científica *Nature*, en la que combina ideas científicas perfectamente ortodoxas con aplicaciones que bordean lo escandaloso.”

En la misma reseña se nos dice que algún lector de la revista se había opuesto a Daedalus comentando: “Sí, la religión se ha pervertido a veces, pero también la ciencia, y este abuso dice más sobre la caída de la naturaleza humana que sobre la religión o la ciencia”. Conviene matizar de alguna manera que lo que suscita controversia no son tanto los dogmas como la moral. A veces la religión juzga ciertos avances científicos con poco conocimiento y con una extraña visión de la ética. O desde perspectivas que –pienso en EE.UU.– son terriblemente reaccionarias, y que no tienen nada que ver con los dogmas.

2. CIENCIA Y DIOS

¿Y si se tratase más bien de hablar de Dios? Entonces tendríamos que distinguir muy bien entre lo que pueda decir de Dios la ciencia o lo que de Él puede decir una persona científica, humana.

Recordemos el citado *Babelia*. El reportaje lo titulan: “¿Dios contra la ciencia? ¿La ciencia contra Dios?” Preguntas ciertamente provocativas, a las que me gustaría contestar: ¿Cómo sabemos que Dios está contra la ciencia? ¿Dónde consta? Es necesario matizar que la ciencia estudia la naturaleza, lo material, y por tanto su sujeto es materialista; si la ciencia tratase de explicar lo espiritual sacaría los pies del tiesto. No se puede fiar uno de una ciencia que esté contra Dios, porque hablaría de lo que no sabe. Tampoco de la que afirmase que puede probar la existencia de Dios, por la misma razón. La ciencia trata de explicar la naturaleza lo mejor que puede, y de encontrar las aplicaciones técnicas que consigan mejorar la vida del hombre. Pasemos por alto que muchas aplicaciones técnicas se han hecho con el fin de matar o conquistar. Esperemos ingenuamente que eso ya no se dé en el futuro. Pero a la ciencia no le toca, ni es capaz de hacerlo, demostrar la existencia de Dios, ni siquiera la de algún ser –demiurgo decían los griegos– que haya tenido influencia, si ha existido o existe, en la realidad del mundo, del cosmos o de la vida del hombre. En suma no se trata de saber lo que la ciencia puede decirnos de Dios, que es poco, sino de lo que los científicos o algunos científicos puedan asegurarnos. Y al fin y al cabo, ¿tiene alguna importancia que los científicos hablen en favor o en contra de la existencia de Dios? Parece que sí⁸, según estamos viendo.

⁸ Cfr. Antonio FERNÁNDEZ RAÑADA, *Los científicos y Dios*, Oviedo, Nobel, 2000; Agustín UDÍAS VALLINA, *Ciencia y Religión. Dos visiones del mundo*, Santander, Sal Terrae, 2010.

En la ciencia se estudia el qué y el cómo de los fenómenos de la naturaleza. En cuanto al porqué, no sabemos si es una aspiración profunda de todo científico, o si se trata del objeto de la filosofía, y por tanto prescindible desde la ciencia. Si es así, si la ciencia se mantiene en el qué y el cómo, ¿por qué queremos compaginar la ciencia con la religión? Y asimismo, ¿no es ya la ciencia una religión para muchos? ¿No es la religión de los tiempos modernos? Tenemos que reconocer además que nuestra ciencia es invasiva, se ha introducido en exceso en todos los terrenos de nuestra vida, o la introducen quienes piensan que todo debe estar demostrado científicamente para que sea cierto.

Además, se ha puesto de moda denominar “ciencia” a muchos estudios, con lo que en este momento existen demasiadas ciencias: de la información, de la salud, de la educación, etc. Parece con ello que se quieren revalorizar estudios que no necesitan ese calificativo para tener toda su importancia. No puedo dejar de citar aquí a Feynman, premio Nobel de Física, para quien hay muchas cosas buenas en el mundo que no necesitan ser científicas para acreditar todo su valor. Todos nosotros podemos interrogarnos si la ciencia auténtica pretende también invadir, impregnándolo, el santuario personal de cada uno, en el que cada uno tiene su propia relación con entidades más o menos trascendentes.

Por otro lado, parece también que, aunque puede ser un rasgo de muchas religiones, son precisamente las religiones cristianas las más invasivas, y en especial la católica, al querer anegar los terrenos en que debería mantenerse virginal el proceso científico. Y esta invasión (impregnación) no procede sólo de las jerarquías de esas religiones, sino también de las bases, que a veces son más intransigentes y reaccionarias que aquéllas.

Y a todo esto ¿hablamos sólo de una religión o de todas las religiones del mundo? ¿Hablamos sólo del Dios de los católicos, que parece ser el mismo que el de los judíos, o del Dios del Islam, Alá? ¿Del dios de los panteístas orientales, del dios de animistas africanos o de los dioses de las religiones politeístas? Y añadiríamos otra pregunta no carente de interés: ¿nos preocupa que otras religiones tengan o no buenas relaciones con nuestra ciencia?

Para contrarrestar esto, algunos autores, como Marc Augé, han defendido el paganismo, que nunca es dualista, y no opone el espíritu al cuerpo ni la fe al saber⁹. Advirtamos que no se suele hablar de diálogo entre paganismo y ciencia, pues se da por sentado que no hay oposición previa, mientras que cuando se habla de diálogo entre iglesia y ciencia, sí parece que se da a entender una oposición. Nos gustaría que la iglesia católica fuese capaz de ver hoy a la ciencia con el espíritu abierto del paganismo, sin dualismos, porque nos tememos

⁹ Marc AUGÉ, *El genio del paganismo*, Barcelona, Muchnik, 1993. Reseña de C. García Gual en *El País*, suplemento *Babelia*, 20-11-1993.

que, a pesar del levantamiento de condena de Galileo, no siempre ha sabido enfrentarse a los problemas que plantea la ciencia, con ese espíritu abierto.

Sin embargo conviene decir, para que reflexionemos sobre ello, que los franciscanos tuvieron personajes relevantes en la óptica de la Edad Media. Por otro lado, y hablando de una época que conozco bastante bien, los científicos de los siglos XVII y XVIII eran casi todos clérigos. Puede que la razón de ello fuese que estaban más desocupados que el común de las gentes. Pero sí se puede sacar la conclusión certera de que no toda la iglesia católica ha estado enfrentada siempre a la ciencia.

3. CREDULIDAD DEL AGNÓSTICO, CREDULIDAD DEL CIENTÍFICO

La credulidad, según el diccionario, es la cualidad del que cree sin reflexión ni comprobación. En sentido más lato creo que credulidad es la cualidad del que cree, que llamamos fe si se trata del ámbito religioso, y confianza en otros terrenos. Credulidad no tiene sólo ese sentido peyorativo de la definición del Diccionario. Del agnóstico se dice que es el que profesa la doctrina filosófica que no admite el conocimiento de lo absoluto. Yo llamaré agnóstico al que es reacio a admitir lo que no sea palmario, no al que rechaza el absoluto (o lo absoluto), sino la posibilidad de conocerlo, y si se trata de Dios, es agnóstico quien no admite la posibilidad de conocer su existencia, y menos demostrarla, aunque no niegue que exista. Y me gustaría referirme a personas inteligentes, no al que dice que sólo cree lo que ve, porque ello me parece una solemne tontería, sobre todo si admitimos la definición de fe del catecismo: Fe es creer lo que no vemos.

No estoy identificando agnóstico con científico, porque hemos visto que puede haber científicos creyentes, aunque siempre serán dos planos inmiscibles y siempre habrá que separar lo religioso de lo científico. Nadie deberá tachar en principio al científico de agnóstico religioso, cuando se mantiene en su terreno propio. Tampoco pretendo decir que ser agnóstico sea una equivocación o una desgracia (aunque pueda ser "agónico" para algunos, como Machado o Unamuno), más bien pienso que es necesario cierto agnosticismo al enfrentarse a la explicación de la naturaleza. Es muy sano relativizar lo que conocemos y lo que podemos conocer; es muy sano no absolutizar los valores, porque se pondrían límites al conocimiento, y me temo que también se acabaría la posibilidad de diálogo. Quizá escandalice mi afirmación de que ciertos valores que se tienen que defender, como la vida, no son valores absolutos, sino relativos. Tampoco opongo credulidad a agnosticismo. Afirmo más bien que hasta el más agnóstico de los hombres tiene que admitir muchas cosas basándose en la confianza. Es decir, es crédulo. Y en esta categoría tendremos que incluir a los científicos.

Afirmar que la ciencia está fundada en la fe, fe humana, parecerá exagerado, pero se me permitirá que diga que prácticamente toda ella está basada en

las creencias o en la credulidad. Si se trata del científico, podemos decir que más del 90% de lo que sabe de ciencia lo ha adquirido gracias a su credulidad. Pocas de las afirmaciones que hace el científico están totalmente comprobadas por él, en todos sus antecedentes y con todas las consecuencias. Y si separamos la ciencia del científico, despersonalizándola, podría pensarse con bastante razón que ella, esa ciencia en abstracto, sí ha comprobado todas sus afirmaciones a lo largo de la historia de la misma. Lo malo es que la ciencia nos llega por los científicos o por los libros, y no se puede jurar que ambos estén libres de errores de concepto o de transcripción. Solamente seguimos confiando en la ciencia, porque “creemos” que nos ha llegado en perfectas condiciones. Hasta en aquellas cosas que el científico comprueba directamente, por ejemplo en el laboratorio, se parte de la credulidad en el modelo admitido, y de la credulidad en las relaciones, que da por supuestas, entre lo que se ve en el laboratorio, y lo que le dice la teoría científica. De forma que el experimento está bien hecho cuando se conforma al modelo previo (no decimos: cuando está conforme a la verdad), y está mal hecho, en los cánones científicos, cuando no se conforma a ese modelo.

Por ejemplo, en los laboratorios de las facultades de ciencia física se utiliza un voltímetro para confirmar la estructura electrónica de la corriente eléctrica, y demostrar en cierta manera que los electrones existen. Se procura que este manejo se conforme al modelo previsto. Siendo un poco excesivo puedo decir que obligamos a nuestros alumnos a que “crean” que el voltímetro sirve para “creer” en los electrones, aplicando lo que se suele llamar “la fe del carbonero”, aunque aquí añadiré “del carbonero científico”. Incluso en el simple uso de un termómetro, todos, científicos o no, “creemos” que la subida del mercurio (o el aumento del número en un termómetro digital) tiene que ver, cuando nos ponemos el dichoso instrumento, con las molestias de nuestro organismo. El que ello pueda ser verdad no significa que no utilicemos el termómetro con toda nuestra fe o toda nuestra credulidad.

Avanzando un poco diremos que son muy significativas algunas afirmaciones de Hawking¹⁰ que apoyan lo que he dicho anteriormente sobre la credulidad: “Creo –dijo– que las leyes de la física son siempre válidas”. Este “creo” nos recuerda a Lorentz en el Congreso de Solvay de 1927, en el que, ante la crisis del determinismo, decía: “¿No se podría conservar el determinismo, aunque no fuera más que como una creencia?”. También dice Hawking: “El universo está gobernado por leyes racionales. Las mismas pueden deberse a Dios pero, en tal caso, Él no interviene para alterarlas o romperlas. Todo científico debe creer lo siguiente: una ley científica no lo es si no puede sostenerse siempre...” Como vemos, apela otra vez a la credulidad. Pero tampoco nos aclara Hawking con qué profundidad y certeza conocemos las leyes

¹⁰ *El País*, suplemento *Futuro*, 15-12-1993.

físicas. Por otra parte, tener certeza de que algo constituye una ley física no nos garantiza que lo sea. Habría que distinguir entre verdad y certeza.

Uno de los inconvenientes de las leyes físicas es que no son exactamente lo mismo que las leyes humanas, sociales. Naturalmente admitimos la afirmación de Hawking en el sentido de que la ley no es tal si no es racional, por la propia definición tomista (“ordinatio rationis”). Pero es difícil admitir que existan leyes físicas en el sentido de impresas en la naturaleza, porque las leyes científicas no son sino la expresión del comportamiento constante de la naturaleza, pero a nuestra escala, y no tenemos calibre para asegurar que permanecerán inmutables por toda la eternidad, ni podemos admitir desde la ciencia que Dios las haya impreso en la naturaleza. Las cosas son como son, pero a menudo creemos que son tal como las interpretamos, y vemos en nuestro pensamiento. Por eso podemos decir que las leyes físicas no están sino en la inteligencia de los hombres y en las sistematizaciones que puedan hacerse por ellos.

En general el científico es reacio –y como mero científico debe serlo– a admitir grandes teorías filosóficas, o teorías metafísicas, y muchas veces les niega valor científico, pero ello no le libra de apoyar su saber en la confianza. El científico que no quiera apoyarse en una cierta filosofía puede acabar muchas veces en la credulidad irreflexiva. El que quiera desprenderse de la credulidad caerá en una maraña de estériles sugerencias, y pérdidas de tiempo. Es más, aunque el científico razone en el sentido de tener que admitir una fe en lo trascendente, lo hace con un espíritu distinto al de la fe del carbonero. Y algún autor¹¹ nos habla de que el científico suele ser un creyente atípico, poniendo como ejemplos los de N. Mott, M. Planck y A. Einstein.

4. CIENCIA Y VERDAD

La verdad tiene estas dos acepciones: Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente (“adequatio intellectus et rei”) y conformidad de lo que se dice con lo que se piensa o se siente. Son dos conceptos distintos de verdad, lo que se manifiesta por sus contrarios. En efecto, la primera definición se contrapone al error, mientras que la segunda se contrapone a la mentira y deberíamos, mejor que verdad, llamarla sinceridad. Nos damos cuenta que hemos rozado conceptos que son distinguibles de la verdad, como por ejemplo el de certeza, que sería la seguridad de poseer la verdad, frente a la incertidumbre o inseguridad, que también llamamos duda. Siempre hay que recordar aquí a Pilatos en el Pretorio, cuando pregunta a Cristo: ¿Qué es la

¹¹ Agustín UDÍAS VALLINA, *Conflicto y diálogo entre ciencia y religión*, Santander, Sal Terrae, 1993, pp. 16-17.

verdad?¹², y cómo sale fuera antes de recibir una respuesta que no le interesa; añadamos que fue Ortega y Gasset quien señaló que siempre que se habla de la verdad se acaba en la escena del Pretorio.

El problema no es tanto definir la verdad como el hecho de que muchos se creen detentadores de la verdad, lo que puede explicar el desastre de la falta de entendimiento entre los humanos, pues generalmente no buscamos la verdad del otro, sino imponer la nuestra. Volvamos a la reseña citada sobre *El genio del paganismo*: “Entender a los otros..., para tal empresa es necesaria la tolerancia y el respeto hacia sus modos de pensar y creer, y un cierto escepticismo, el no pretender un monopolio de la verdad. Los otros tienen otras interpretaciones del mundo y de lo divino. Y en palabras literales: ‘La verdad de los otros es la sombra de la incertidumbre que nos inspira nuestra propia relación con la verdad’”. Es decir, todos estamos suponiendo que existe la verdad, o mejor que existen las verdades. Por lo pronto podremos admitir que hay verdades objetivas y subjetivas, puesto que hay realidades objetivas y subjetivas, pero no me gusta que se nos hable, como se suele hacer, de verdades absolutas y relativas. Es una división que, en lo humano, parece sin mucho fundamento si admitimos que la verdad es, por definición, una relación.

Demos entonces por supuesto que hay verdades, y tratemos de analizar las verdades científicas, las cuales, solo con mencionarlas así, ya las hemos “descafeinado”, porque no es lo mismo la verdad científica, única, que las múltiples verdades científicas. Me admira la facilidad con que se admite la expresión “verdad científica”. Aun suponiendo que la verdad científica sea la completa explicación del mundo, yo me niego a admitir la expresión “verdad científica”, puesto que carecemos y creo que careceremos siempre de una explicación completa. Si también me niego a admitir la expresión “verdades científicas” (en plural) es porque creo que es más adecuado hablar de “afirmaciones científicas”, como las que se hacen basadas en leyes hoy conocidas y en modelos hoy admitidos, pero que pueden cambiar con el avance de los tiempos o de los conocimientos. Hay suficientes ejemplos de lo que se llama “cambio de paradigma”¹³.

Tenemos que aceptar que, frente a la afirmación científica, que se toma como verdad, está el error científico, y que ante esa supuesta verdad se puede reaccionar con certeza o duda, y este dudar no sería congruente con el hecho de que se tratase de la *verdad verdadera*, que no admitiría dubitaciones. Sin dudar, sin cuestionarse los problemas, es bastante improbable que los conocimientos científicos avancen hacia la verdad.

¹² Quid est veritas?

¹³ Cfr. Th.S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económico, 2008.

Por último se podría hablar de mentira frente a sinceridad científica. Nos preguntamos: ¿Qué pasa cuando el científico miente? Hace algunos meses se dio precisamente la sospecha de uno de estos casos, que son raros y excepcionales, pero que de vez en cuando se dan. El problema, en ese caso, no está en que haya error en una teoría científica, sino en que una teoría o una afirmación con visos de científica y que se apoya aparentemente en pruebas de laboratorio, sea una completa mentira. Reconozcamos que a veces es difícil separar la verdad y la mentira. Por eso nos pasa a nosotros como al diablo de Saramago, que afirma: “lo que no siempre consigo es distinguir si es verdad o mentira lo que creo ver, es decir veo mis mentiras como lo que son, verdades mías, pero nunca sé hasta qué punto las verdades de los otros son mentiras suyas”¹⁴.

Para el científico, cristiano o no, creyente o no creyente, no hay en la ciencia, por desgracia, lo que Juan Pablo II llamó “esplendor de la verdad”¹⁵, sino búsqueda oscura y agónica de explicaciones, relaciones y leyes de comportamiento, no sólo para conseguir una mejora de la humanidad mediante la ciencia aplicada, sino también para tener la satisfacción de acercarnos con nuestros errores, nuestras pequeñas verdades y nuestra credulidad al ideal inalcanzable de la Verdad, con mayúscula.

En este apartado de errores y mentiras podríamos hablar de la astrología, la quiromancia y otras supersticiones, que se encuentran a medio camino entre el error y la mentira. Y volveríamos a conectar con las cuestiones de nuestra primera parte, preguntándonos: ¿qué distingue la religión de la superstición? ¿Es posible una religión sin irracionalidad? ¿O es precisamente la racionalidad lo que distingue a la verdadera religión? En todo caso, tenemos que reconocer el hecho de que la superstición es una religión no organizada y sin imposición, lo que le da un cierto atractivo en este mundo moderno un tanto anárquico, en el que tanto desconfiamos de las jerarquías. Si a ello se añade el que tienen una apariencia científica (pseudociencia), podemos decir con envidia que astrólogos y quiromantes han conseguido (socialmente, con un empuje y extensión extraordinarios) no sólo un diálogo entre ciencia y religión, sino una perfecta integración entre ambas, es decir, una integración entre su ciencia y su religión. Echamos de menos en la iglesia una mayor preocupación por la formación de los fieles en estos temas, porque es fácil encontrarse con creyentes y practicantes que defienden horóscopos, leyendas urbanas o medicinas alternativas con una fe que sería envidiable si estuviese mejor encarrilada.

Terminaré con una reflexión muy personal. Filosofando no hace mucho, me he puesto a escribir y me he enfrentado a Protágoras y a su *πάντων χρημάτων*

¹⁴ José SARAMAGO, *El Evangelio según Jesucristo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, p. 359.

¹⁵ JUAN PABLO II, Encíclica “Veritatis splendor”, 6 de agosto de 1993.

μέτρον ἄνθρωπος. El hombre en el mundo de hoy no es tanto la “medida de todas las cosas”, como se suele traducir, cuanto “el medidor de todas las cosas valiosas”, y por tanto del universo que le rodea. Si el hombre no hubiera existido, tampoco existiría nuestro universo y escribo “nuestro universo”, con toda intención, en lugar de decir simplemente “el universo”, para indicar que el universo lo hemos construido nosotros, o mejor lo vamos construyendo entre todos... No pretendo negar la existencia de galaxias, estrellas y planetas, que no necesitan del hombre para existir (de ninguna manera soy un idealista impenitente), sino que quiero resaltar que es el hombre quien le da al universo el sentido y el alcance que decimos que tiene.

Ampliando esto a la idea de Dios, podría decir que “nuestro Dios” (el de los hombres) no existiría si el hombre no existiese, porque es una creación suya. Por otro lado la idea que tiene de Dios el hombre medidor, nosotros, será siempre excesivamente pobre y ridícula. La física está contenta pues consigue una explicación de nuestro universo, pero la metafísica supongo que no lo está porque no tiene respuesta a la pregunta de si este es el verdadero y único universo o si hay otros, ni a la más fundamental de si el hombre es capaz de relacionar correctamente el universo exterior con el conocimiento que de él tiene. Las religiones, desgraciadamente, tampoco tienen respuesta aceptable a las preguntas trascendentales, sino sólo a cómo ven cada una de ellas a su Dios. Cada uno tenemos “nuestro Dios”, esa cosa tan distinta y tan lejana al verdadero Dios...

Fernando Muñoz Box
Facultad de Ciencias
Universidad de Valladolid
Campus Miguel Delibes
Paseo Belén, 7
47011 Valladolid
fmubox@gmail.com